

LA. MEZQUITA ALJAMA DE CÓRDOBA.

CONFERENCIA DADA EN EL ATENEO DE MADRID

POR EL SEÑOR

D. NARCISO SENTENACH

EN LA NOCHE DEL 12 DE MAYO DEL CORRIENTE AÑO

(Publicada en el «Boletín de la Sociedad Española de Excursiones»)

MADRID
IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES
Pasaje de la Alhambra, 1
1901

LA MEZQUITA ALJAMA DE CORDOBA

SEÑORES: Aunque siempre me sea muy grato dirigiros la palabra, aumenta mi satisfacción en este instante por acceder con ello á un ruego vuestro, que para mí tiene el valor de un mandato. Obedezco gustoso, tanto mas por haber de tratar de un asunto para mí tan agradable, cual es sobre la Mezquita cordobesa, insigne monumento á cuyas bellezas debo sin duda mis aficiones artísticas, despertadas por la contemplación de tantas como atesora y que tan recientemente habéis tenido ocasión de apreciar en lo que valen.

Fué la mezquita cordobesa debida como todos sabéis, á la necesidad religiosa y á la conveniencia política de nuestros conquistadores los árabes, que establecieron en la antigua Colonia Patricia la corte de su dominación en la Península. Requeríase en tal centro político un lugar de adoración para los fieles creyentes en la ley de Mahoma, con tales preeminencias y prerrogativas, que excusara á muchos el pasar el estrecho para cumplir el precepto de visitar la Meca. Con tal objeto la erigió Abderramán I, quien si no pudo verla terminada, dejóla en tal estado que su sucesor, Hixén I, la inauguró en el año 177 de la Hégira (793 de Jesucristo), á los siete años de comenzada.

El poeta Mohanmed Al-Baluni cantó

tal acontecimiento en los siguientes términos:

"Ha gastado AbderRahmán por amor á su Dios y en honor de su religión 80.000 dinares. Los ha invertido en un templo para su piadosa nación y mejor observancia de la ley del Profeta. -Brilla el oro en sus techos como el relámpago que cruza las nubes.,,

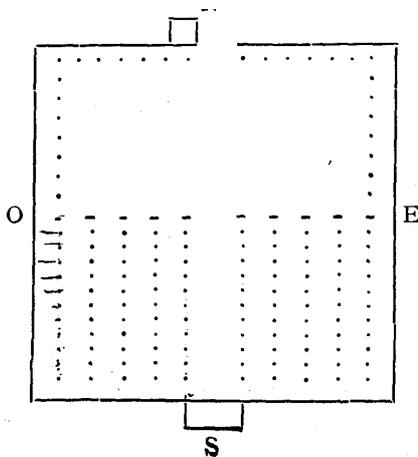
La mezquita primitiva, desde luego declarada Aljama, correspondía en su plan al consagrado para estas construcciones. Un espacio cuadrado amurallado (la Caaba, casa cuadrada de la Meca) en parte descubierta y en parte techado, para poderse entregar á la oración á defensa de las inclemencias atmosféricas. La parte descubierta, al Norte, era el patio (*el salm*) sembrado de naranjos y palmeras, á cuya sombra estaban las fuentes de las abluciones; la parte cubierta, al Sur (*el dhamí*), el lugar de reunión, el sitio de la oración. Todos los creyentes habían de mirar al Sur al hacerla; de aquí que en el centro del lienzo del Sur se abriera interiormente el arco del *mihrab*, como si á través de él pudiera distinguirse la Casa cuadrada de la Meca. Ningún género de altar, imagen ó emblema había allí, porque el dogma islamita no lo permitía. El creyente acudía tan sólo para oír las palabras del libro santo y meditar sobre su sentido, cumpliendo así uno de sus apre-

ceptos; no á presenciar ni tomar parte en sacrificio alguno.

Al lado del arco del *mirhab*, y algunas veces por él cobijado, se ponía el *mimbar*, ó cátedra portátil, desde la que el *imán* leía en alta voz las sentencias del libro inspirado.

Las historias árabes consignan que la mezquita se edificó sobre el propio solar de una basílica cristiana, que á su vez habla sido antes templo pagano; caso frecuente en la historia de los lugares sagrados. Al verificarse la conquista, los árabes tomaron para sus oraciones media iglesia de San Vicente, siendo asunto arduo el de la compra de la otra media iglesia que poseían los cristianos. Cien mil dinares (cerca de dos millones de pesetas) tuvo que abonarles AbderRahmán, comenzándose en seguida la edificación de la mezquita.

Dispúsose ésta, según decíamos, amurallando un espacio perfectamente cuadrado, orientado á los cuatro vientos y con la puerta principal al Norte; por ésta entrábase al *salmo* patio, y al frente se veían los once grandes arcos que daban ingreso á las once naves de la parte cubierta, la central más ancha que las laterales; estas naves, formadas por series de arcos sobre columnas, proporcionaban á la vista otras doce transversales en la forma siguiente:



Pero bien pronto se echó de ver lo exiguo de las dimensiones de la mezquita para dar cabida al número de fieles que á ella acudían á la *azala*. Fué preciso ensancharla, para lo cual, Abde-r-Rhamán II, en cuyo tiempo comienza realmente á refinarse la civilización árabe española, prolongó hacia el Sur las naves del *dhami*, aumentando hasta veinte el número total de sus arcos con lo que resultaba casi doble el espacio techado, aunque perdió el recinto su planta cuadrada. Las tres naves centrales terminaban en tres especies de capillas, sirviendo la del centro de antecámara del *mihrab*.

Esta prolongación la habéis notado perfectamente en la última visita al monumento, pues al llegar á los dozavos arcos, no se ha escapado á vuestra observación el espacio macizo que los separa de los subsiguientes, resto del muro de la primitiva mezquita (1)

Casi todos los califas posteriores dieron algún recuerdo de su piedad en la aljama; pero principalmente Abder-r-Rahmán III, el *Grande*, que la dotó de un soberbio *alminar* ó *as sumua*, de 63 codos de altura, coronado por tres granadas de oro y plata. A él se debió también el refuerzo del muro Norte del espacio cubierto, que amenazaba ruina, efecto de los múltiples empujes de los arcos interiores, para evitar la cual se creyó lo más oportuno robustecer su grueso al exterior, aumentando así la resistencia á tanto empuje (2). También se ocupó den nivelar el suelo de la mezquita, que no debía de estar en un plano, punto sobre el que insistiremos luego.

(1) El Sr. Velázquez, excavando el suelo en esta dirección, ha encontrado todo el cimiento del primitivo muro. Véanse sobre este primer ensanche las acertadas consideraciones y oportunos textos, que aduce el Sr. D. Rodrigo Amador de los Ríos, en sus Incripciones árabes cordobesas, págs. 35-42 y notas.

(2) Consigna esta obra la hermosa lápida del arco de las Bendiciones, ó sea el exterior de la nave central,

Pero el séquito numeroso de la corte de este Califa, ya de hecho y de derecho en Occidente, no podía contenerse en el espacio á él reservado en la mezquita. Pensóse en una nueva prolongación ó ensanche, mas no pudo realizarla Abde-Rahmán, III; de tal modo se imponía, sin embargo, que fué el primer decreto de su sucesor Al-Haken II. Nueva prolongación hacía el río, ó sea hacia el Sur, experimentó la aljama, pero no por esto se demolió el muro exterior de este lado, sino que se abrieron en él once arcos, correspondientes á las once naves, prolongando éstas tras ellos, añadiendo trece columnas por fila. Respetáronse, además, los espacios cuadrados coronados por cúpulas que existían al extremo de las tres naves centrales y que servían de vestíbulo al arco del *míhrab*, dejándolos en la disposición que luego veréis, fabricándose otros tres, correspondientes y semejantes á ellos, al extremo de la prolongación de las naves, que sirvieron á su vez de antecámaras al definitivo *míhrab*.

Una disputa se suscitó entonces bastante difícil de resolver, respecto á la orientación que debía tener la *quiblá* ó lugar del *míhrab*. Las ciencias habían adelantado y los cosmógrafos comprendieron que no era á la Meca, sino al África adonde miraban los fieles cuando hacían la oración, colocados de frente hacia el Sur. Esta orientación era exacta en el Asia y aun en Egipto, pero en las mezquitas españolas el *míhrab* debía estar al Oriente, porque á este lado quedaba la Meca, *la quiblá del mundo*, como la llamaba Mahoma.

Divididos estaban los pareceres y las obras suspendidas hasta que el faquí Abulbrahín dijo á Al-Haken: -Desde los primeros tiempos de estar en España, todos los fieles han vuelto la cara al Sur al hacer la oración; imanes, doctores, cadies, todos hicieron lo mismo. Al Sur se han colocado todas las *quiblás* de las mezquitas de esta región. Mejor es tomar el

ejemplo de los otros y salvarse, que perderse por introducir novedades. Respuesta muy propia de un doctor de la ley, siempre afecto á la tradición consagrada, quedando así establecido, y siendo esto la causa de que todas las mezquitas españolas tengan el *míhrab* al Sur, por lo que forman un ángulo recto con la orientación de las iglesias cristianas, en lo que al cabo muchas se convirtieron (1).

La mezquita ocupó, pues, entonces un rectángulo excesivamente prolongado, dedicándose el primer y segundo espacio al pueblo, y reservándose el tercero, recién construido, á la corte, separada además por un cancel ó *macsura* que interceptaba los arcos abiertos en el muro (2).

(1) Aben-Adzari describe así las obras del ensanche tercero de la mezquita cordobesa: "Lo primero que hizo Al-Haken fué aumentar y hermostear la aljama de Córdoba. Este fué su primer decreto, encargando de la inspección de las obras á su hajib y espada Chaafar ben Abde-r-ahmán, el *Eslavo*, por decreto de cuatro días por andar de la luna de Ramadhán, del año 350 (961 de Jesucristo), al día siguiente de ser jurado Califa. En el decreto se prevenía á Chaafar que comenzase por hacer los acopios de piedra necesarios para los cimientos, por lo que el acarreo comenzó en la misma luna de Ramadhan. La servidumbre del Alcázar había aumentado tanto, que no cabía en la mezquita á la hora de azala, y se atropellaban los asistentes por falta de espacio.

Al-Mustanser (Al-Haken II), dándose prisa, salió en persona del Alcázar, hizo las mediciones y el trazado, asistido de los maestros, y geómetras, los que trazaron la parte nueva, desde la *quiblá* de la mezquita (el *míhrab* existente entonces) cogiendo en su anchura las once naves. Tenía lo añadido 95 codos de Norte á Sur, y de ancho, de Oriente á Occidente, tanto como todo el ancho de la mezquita. De esto cortó el pasadizo al Alcázar, destinado para el paso del califa á la azala, al lado del *mimbar*, dentro de la *maksurak*, con lo cual la nueva construcción fué la más hermosa añadidura hecha jamás en mezquita alguna

(2) Sobre la disposición y puertas de esta *macsura* mucho se ha discutido, sin que encontremos otra solución posible sino que no cerraba por completo todo el *cuarto noble*, ó sea el tercer ensanche, dejando las últimas naves laterales para el pueblo. Es de advertir que como

Pero aún no cesaron aquí los ensanches del templo islamita. El Hagib de Hixén II, Almanzor, creyó también necesaria una nueva ampliación, pues cuando llegaba la luna de Ramadhán eran tantos los creyentes que acudían de todas partes, que muchos no lograban penetrar en el templo. Pero este ensanche ofrecía serias dificultades: hacia el río no podía ser por la proximidad de éste; hacia poniente tampoco por estar inmediato el alcázar de los Califas; sólo hacia Oriente se podía prolongar, pero esto destruyendo la simetría del edificio, dejando la puerta y nave principal fuera de su eje. Obtóse, sin embargo, por lo único posible, y abriendo grandes arcos en el muro oriental (1), los mayores hasta entonces practicados, se añadieran ocho naves por este lado, de igual extensión que las restantes. Así quedó la planta total del edificio más aproximado al área cuadrada, aunque falta de simetría en su nave principal. Esta fué la definitiva, y así la encontraron los cristianos cuando la Reconquista, aunque también llevaron á cabo á mi entender algunas obras importantes en ella los almohades, de que luego os daré cuenta.

Estas cuatro partes presentan cada una caracteres distintivos, en relación de la época en que fueron edificadas. En la primera abundan extraordinariamente los elementos latinos y visigodos en columnas, capiteles y cimacios, aprovechados por los arquitectos sirios para la edifi-

Al-Makari describe la aliamas, según estaba en sus días, bien pudieran estas tres puertas corresponder, la de en medio al arco de la nave central, la de la izquierda al ensanche de Almanzor y la de la derecha frente á alguna de las exteriores al lado del Alcázar, cercado así todo el llamado cuarto noble, ó ensanche de Al-Haken, menos la última nave de poniente.

(1) Aún existen en él algunas de las portadas que antes fueron exteriores, entre ellas la notabilísima primera hacia el Sur, llamada del Cuarto del Chocolate, de la que se ve una perfecta reproducción en nuestro Museo Arqueológico Nacional.

cación de la mezquita; en la segunda, no teniéndolos tan á mano se puede observar ya el primitivo estado del arte musulmán bajo Abde-r-Ramán II, en que procuraba imitar á su manera los elementos de la ornamentación clásica; el tercero nos ofrece la más esplendorosa muestra del siglo de oro del arte, bajo Al-Haken II, y en la cuarta, ya de Almanzor, el comienzo de su decadencia y la menor riqueza en sus miembros arquitectónicos. Teniendo, pues, en cuenta estas cuatro secciones y edades de la famosa aljama, conocida así su planta, justo es que dedique igual estudio de su alzada, para de este modo hacernos cargo de todos sus méritos. Para ello la supondremos intacta, tal cual la describen los autores árabes; no del tiempo de los Califas, de los que carecemos de descripciones, sino de los últimos siglos de su dominación, tales como Almakari y Abben Adzari de Marruecos la conocieron, curiosos anotadores de los siglos XII y XIII, y tal como la halló San Fernando al ocuparla definitivamente.

Figurándonos que nos hallarnos ante su puerta principal, emprendamos nuestra marcha hacia el Sur, hacia el *mirhab*, y así iremos notando todo lo más interesante en ella.

Lo primero que se nos ofrecería á la vista sería su soberbio *alminar ó as-sumua*. Este se elevaba á la izquierda, contiguo á la puerta y ofrecería imponente aspecto contemplado desde su base, pues desgraciadamente no subsiste, al menos visible hoy para nosotros. Tenemos, sin embargo, fiel trasunto, conforme en todo con la descripción que de él hace Ambrosio de Morales, y que tuve la suerte de descubrir y copiar hace ya muchos años; aún se puede ver en uno de los escudos laterales del siglo XVI que adornan la puerta de Santa Catalina, en el lienzo occidental, en la forma que aquí veis. (Primera proyección: *Dibujo del escudo.*)

Esculpido cuando aún lucía de pie tan hermoso alminar, copiolo el artista con fidelidad suma, y en él podéis observar los cuatro preciosos ajimeces que adornan su frente, la serie de arquitos que lo coronan, el segundo cuerpo, más estrecho que el primero, dejando alrededor la terraza para que los *muecines* anunciaran con potente voz la hora de la oración á los cuatro vientos, y las tres esferas, dos de oro (ó doradas) y la central de plata, en que terminaba; todo al tenor de lo que escribe Morales, que tuvo la suerte de contemplar íntegros, tanto éste como otros muchos detalles de la Mezquita, ya por completo desaparecidos (1).

No se puede apreciar hoy la disposición especial de sus escaleras interiores, de tal modo compenetradas, que si al subir dos personas se separaban al comienzo, no volvían á encontrarse hasta el último escalón; pero si despojáramos á, la torre de sus aditamentos posteriores y del refuerzo que en toda la planta baja se le adhirió para evitar su ruina, encontraríamos dentro la *as-sumua* árabe, y más interiormente las ingeniosas escaleras (2).

Atravesando el arco y pórtico que servía de entrada principal á la mezqui-

(1) Según un texto de Ebn-Adhari este alminar debió edificarse, no al lado de la puerta principal primitiva, sino más al Norte, ensanchando así también Abde-r-Rahman el patio de los naranjos. En él se han hallado, en efecto restos de la muralla Norte del primitivo recinto.

(2) El ilustre arqueólogo cordobés D. Rafael Ramírez de Arellano, nuestro consocio, defiende con sólidas razones la existencia de la torre árabe en el interior de la actual. Así debe ser en efecto, pues al coronarla en el siglo XVI con los cuerpos para las campanas, debió resentirse por su base, á causa de tanto peso, siendo por esto preciso reforzarla con una verdadera caja de piedra en su parte inferior. Efecto de todo esto, sus proporciones son al presente bastante desgarbadas. Hoy no se sube á ella por escaleras interiores sino por una embebida en el muro de la izquierda del arco adjunto, teniendo que pasar por cima de éste para seguir la ascensión por el interior de la parte alta de la torre.

ta, hoy también bastante desfigurados, hallábase uno en el *salm* ó patio de las abluciones, para las cuales, por ser éstas uno de los más estrictos preceptos del Corán, había distintas fuentes por él distribuidas, cuatro de ellas soberbias, con magníficas pilas de mármol, de una pieza, traídas de lejos en carros tirados por 70 bueyes, en tiempos de Al-Haken II, estando plantado el suelo de palmeras y naranjos, que proporcionaban gratisimo aroma con sus azahares durante la primavera (1).

Penetrando por el arco central, hallábamonos ya bajo techado y en la parte más antigua de la mezquita. Es esta parte la más interesante del monumento, respecto á, su estudio arquitectónico. Como podéis observar (segunda proyección: *Interior de la mezquita*), apenas hay en ella un capitel, un cimacio igual al otro, y ninguno de ellos es árabe. Tan rico y variado museo procede, sin duda, así como sus soberbias columnas de variados mármoles, de los antiguos edificios romanos y de las basílicas latinas y visigodas que existían en la comarca.

Muchos de sus cimacios tienen martillada la Cruz cristiana que en ellos lucía, y respecto de sus capiteles, pudiéramos hacer un interesantísimo estudio cronológico de todos ellos, desde los mejores tiempos de Augusto hasta los últimos visigodos. Tan importantísima colección de capiteles es digna de especial examen, al que se consagran distinguidos arqueólogos de la localidad, algunos consocios nuestros.

Habíase creído que ninguna de aquellas columnas tenían basa; pero al solar

(1) De estas fuentes (*al-midhas*) dos eran para los hombres y dos para las mujeres; éstas debían ser las más próximas al *makasir*, ó lugar destinado á ellas durante la oración, o sean las naves más extremas; Almanzor aumentó su número con otras cuatro, una de ellas cobijada quizá por lujoso templete. Tres de las de Almanzor subsisten; las otras de Al-Haken han desaparecido

de mármol el piso, ha encontrado el señor Velázquez que absolutamente todas las poseen. Hoy pueden verse, gracias á, la previsión de haber dejado sin solar el sitio que ocupan al pie de cada columna, y su estudio no sería menos interesante (1).

Sobre los variados capiteles descansan los cimacios, casi todos visigodos, y de unos á otros voltean los aéreos arcos de herradura, cobijados á su vez por otros segundos arcos más altos, que nacen de pilares apoyados sobre los cimacios de las columnas.

Estos arcos de herradura han dado lugar á largas discusiones respecto á sus orígenes y prioridad de su uso entre nosotros.

En otras ocasiones he sido yo de los que sostenían deberse su introducción á los árabes, y ser por ende los de la aljama cordobesa los primeros volteados en tal forma, entre nosotros; pero después de visitar detenidamente San Juan de Baños, indiscutiblemente visigodo, y otros monumentos coetáneos; después de estudiar atentamente las lápidas romanas del Museo de León y otros fragmentos y construcciones del siglo III al VII de nuestra Era, no tengo reparo, antes al contrario, me complazco en manifestaros, que he cambiado diametralmente de opinión en este punto. Los arquitectos de la primitiva aljama de Córdoba, bien sirios ó lo que fueran, no hicieron más que copiar en estos arcos la línea que era común y constante entre nuestras construcciones desde varios siglos antes. Es muy de notar que no exista resto arquitectónico ó memoria de construcción visigoda en que no aparezca el arco de herradura; en Baños, en Gerticos, en San Millán de Suso, en San Lorenzo de Toledo subsisten, no faltando quien los vea también en la parte más antigua de San Miguel de Escalada, siendo frecuentísi-

(1) Es posible que estas basas quedaran enterradas desde que Abde-r-Rahmán III niveló el suelo de la mezquita.

mos en los fragmentos decorativos visigóticos (1). Y es, señores, que la raza árabe, aunque blanca como la nuestra, pero al fin semita, ni nada inventó, ni nada nuevo aportó en lo físico ó moral al acervo del progreso.

Si entre nosotros hubo un Aberroes, observad que éste apareció cuando ya el poder musulmán había agotado todas sus energías, siendo por él encarnizadamente perseguido, considerándolo como espúreo y heterodoxo, dándose el caso de que viniera á hacer explosión entre los árabes el espíritu del pueblo conquistado, pero no vencido en su cultura. No es el cerebro de Aberroes un cerebro semita, ni mucho menos; éste, como San Isidoro entre los godos, es la manifestación de la sangre aria, latina, ó mejor aún, greco-latina, inextinguible en nuestro suelo y que siempre ha dominado á sus conquistadores. Observad dónde la conquista árabe produce sus más espléndidos frutos; en la Persia y en España; es decir, en donde se pone en contacto con la sangre ária, la superior á todas; por sí sola apenas sale de su innato estado de raza nómada.

Pero sí ni las basas, ni las columnas, capiteles y arcos de herradura son genuinamente árabes, aún sospecho que, la disposición singularísima de los arcos superpuestos, el primero aéreo y el segundo sosteniendo la techumbre, tampoco ocurriría á ningún árabe de los que dirijan la construcción, para darle á ésta mayor esbeltez y altura. Yo entiendo que

(1) Este arco es llamado de herradura con gran propiedad, pues su traza no responde á la ultrasemicircular, como muchos suponen. Su sentimiento es muy distinto respondiéndolo más que al rigor geométrico á una elegante manera de estrechar la línea. De aquí que sean tan desgarrados los que al presente vemos en las modernas construcciones, llamadas de estilo árabe, de traza ultrasemicircular. Entiendo que su traza procede de ser en su origen arcos peraltados, cuyo cimacio saliente se unió con el semicírculo. Así parecen indicarlo los monumentos sirios de donde provienen, y la forma de sus archivoltas, como la de San Juan de Baños.

esto fué debido á un problema que al punto ocurrió a los directores obra. El de la salida de las aguas llovedizas de gran espacio cubierto.

En las basílicas cristianas, de sólo tres naves, esto era facilísimo, haciendo correr las aguas hacia los lados por una cubierta común de dos vertientes laterales; pero tratándose de once naves, había que partir la cubierta en otras tantas dobles vertientes, que derramaran las aguas en grandes canales sobre las arcadas, quedando convertidas por esto en otros tantos acueductos. Pues bien; esta disposición especial de arcos aéreos y otros superpuestos para sostener el canal, la tenéis en los tan famosos de Mérida y otros romanos, y nada de extraño fuera tal existiese en Córdoba, por el que recibiría las aguas de la sierra la Colonia Patricia; modelo aceptado por su disposición, para las arcadas de la mezquita, con la sola variante de tener columnas, en vez de machones, en su base (1). Así dispuestas las cosas, toda el agua, torrencial con frecuencia en Córdoba, encontraba fácil salida al Patio de los Naranjos, al igual que aún hoy sucede.

Véase, pues, cómo la primitiva mezquita no tenía de árabe más que su planta, pues en su alzada seguía por completó el estilo y disposición de las construcciones españolas, aprovechando para ello todos materiales útiles de que pudieron disponer, procedente de aquéllas.

Para la techumbre de estas naves si el sistema basilical de grandes vigas paralelas, lujosamente labradas, unidas entre sí con gruesos tableros, asimismo labrados; las cúpulas quedaron sólo para los vestíbulos del *mihrab*.

Siguiendo la nave central, y después de contar 22 columnas, llegábase al gran arco practicado en el muro Sur del ensanche de Abde-r-Rhamán II; por éste se pa-

(1) El sistema de construcción de dovelas de piedra y ladrillo alternadas, lo vemos también usado en los acueductos de Mérida.

saba al cuadrado vestíbulo del antiguo *mihrab*; otros dos espacios iguales, también de planta cuadrada, lo flanqueaban por ambos lados; estos recintos los dejó Al-Haken dentro de su ensanche, no se demolieron; practicáronse tan sólo grandes arcos en sus fondos, con lo que en nada se obstruía la vista ni el paso; ornamentáronse tan sólo de nuevo, como aún se nota en la disposición de las dovelas de las arcadas laterales (tercera proyección: *Vista del gran arco y arcada lateral del vestíbulo del antiguo mihrab*). Las dovelas ornamentales, de fuerte estuco, no convienen con las de la construcción, y su entorno nos recuerda el estilo dominante en tiempos del gran Califa, que por tercera vez ensanchó la mezquita (1).

Estas tres estancias estaban cubiertas por cúpulas, las únicas que hasta entonces había en la mezquita, y que á su vez se reprodujeron en los tres vestíbulos simétricos y en todo similares con éstos, con que Chaafar terminó las tres naves centrales prolongadas.

La construcción de estas cúpulas ofrece particularidades dignas de ser notadas, Todas ellas aspiran á resolver igual problema: el de cubrir con una cúpula circular un espacio cuadrado. Hay que acercarse para esto á un polígono, en el que descansen mejor el anillo circular, y para ello lo más lógico es convertir el cuadrado en octógono, bien por pechinas en los ángulos ó por arcos entrecruzados, que es el adoptado en la mezquita cordobesa.

De estas seis cúpulas que tuvo la aljama (hoy sólo quedan cinco) las más antiguas fueron, sin duda, las que coronaban estas estancias centrales, viéndose en ellas el problema planteado, pero no resuelto, cosa que consiguieron al fin los arquitectos de Al-Haken II. El sistema

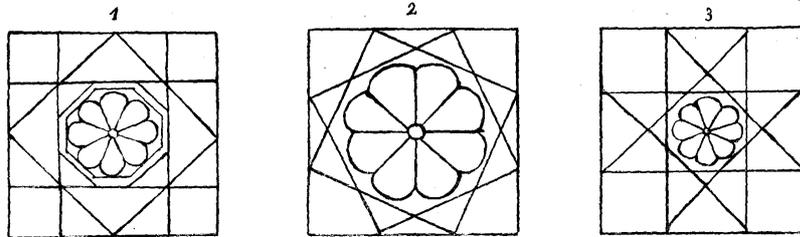
(1) Nótase que este tercer espacio debió estar á nivel de los otros, pues sus columnas jamás tuvieron basas, siguiendo la línea tirada por Abde-r-Rahmen III

de las cúpulas cordobesas es el siguiente (cuarta proyección):

El núm. 1 es el empleado en el vestíbulo del primitivo *mihrab*; cuatro grandes arcos de sillería voltean de uno á otro lado, cruzándose mutuamente y dividiendo el espacio en nueve compartimentos, ya más fáciles de cerrar; otros cuatro arcos diagonales refuerzan la intersección de los primeros y dividen á su vez en segmentos triangulares los cuatro mayores espacios de los lados; el del centro, mediante enjutas en los ángulos, queda convertido en octógono, sobre el que ya descansa mejor la cupulilla central. En la misma

conservación, pero que no dan tanta, amplitud ni gallardía á la cubierta del espacio que cobijan, como la de en medio las preside. Es de advertir también que estos arcos entrecruzados no descansan directamente sobre la cornisa del espacio cuadrado, como en el núm 1, sino que parten de columnitas y arcos lo que les presta mayor esbeltez y gallardía.

Sentados estos precedentes, prosigamos nuestra marcha hacia el definitivo *mihrab*. Estábamos bajo la cúpula número 1, dentro ya del cuarto noble, del espacio reservada para el Califa y su corte, y en el propio sitio que se colocaba



forma estarían dispuestas las otras dos cúpulas laterales, una de ellas derruida por completo y la otra reconstruida más tarde, como veremos.

Esta disposición ofrecía un cerramiento bastante vistoso por el interior y extraordinariamente sólido; pero aún había de ocurrir á los arquitectos del siglo de oro, otra más gallarda, más geométrica y que podemos considerar como la última palabra en materia de cúpulas de arcos entrecruzados. Esta inspirada traza fué la que sirvió de cubierta al vestíbulo del definitivo *mihrab*, que hoy subsiste para admiración de todos, consistiendo su gran mérito en haber logrado entrecruzar los arcos formando una estrella de ocho puntas en la disposición que ofrece el trazado núm. 2. El núm. 3 es el de las cúpulas laterales á esta central, que hoy subsisten en perfecto estado de

éste cuando no hacía él mismo de Imán. Una gran fachada ornamental se presenta antes de penetrar en la última parte de la nave central (quinta proyección: *Vista de esta fachada y de la nave central, terminada por el arco del mirhab.*) Quizá no fué por puro ornato por lo que se ejecutó; más parece debió ser para reforzar el gran arco que se había volteado en aquel frente, como siguiendo sus líneas se puede deducir, y que quizá no ofreciera todas las garantías de seguridad para resistir la sólida cúpula que coronaba aquel lugar. Los otros laterales, más reducidos, quedaban en mejor disposición; y antes de seguir adelante, observad la, gran diferencia de nivel del piso de la capilla lateral izquierda respecto al de la central en que estamos.

Mucho se ha escrito y divagado sobre qué aplicación pudiera tener esta cáma

ra en medio de la mezquita, elevada más de dos metros sobre el resto de su suelo, y que de tal modo venía á romper la eutimia de todo el edificio. Unos han visto en él el lugar de la *alicama ó pregón* interior, olvidando que ésto lo hacia el *muezano* andando por entre los fieles; otros han supuesto haber servido para los muwalijes ó cantores, de los que no hay memoria cierta que existieran en la mezquita cordobesa; otros también la han supuesto la cámara de los faquíes ó doctores de la ley. De observación en observación, y estudiando bien sus modificaciones, he llegado á una radical consecuencia, que concluye con todas estas dudas: según entiendo esta capilla ó cámara debió estar en tiempos de Al-Haken al mismo nivel y andar que la central y su simétrica de la derecha, habiendo sufrido más tarde modificaciones importantes, debidas á motivos que expondré á vuestra consideración muy pronto.

Dejando atrás estos recintos y penetrando ya en el último trozo de la nave central, nos hallamos frente á la gran fachada del vestíbulo del *mirhab* (sexta proyección). Compónese ésta de tres arcos angrelados y entrelazados, que voltean sobre cuatro robustas columnas; sus dovelas, lisas y labradas, alternativamente, marcan la construcción de estos caprichosos arcos, á través de los cuales distínguese la riquísima decoración de la fachada propiamente del *mihrab*. En esta fachada es donde agotó el arte árabe todos sus recursos: los que privativamente iba adquiriendo y los que prestados obtuvo, para su mayor ostentación y riqueza.

Obsérvase en todo este ensanche el mayor esmero y gala en la construcción. Es el siglo de oro del arte del Califato con todos sus caracteres especiales; y nótese que nunca el musulmán se acercó tanto al clasicismo greco-romano. Sus capiteles corintios y compuestos, que alternan sobre sus columnas, aunque no acabados de

labrar, ofrecen una traza tal, una proporción tan clásica, que no mayor la tendrían los greco romanos antes de tallar en todos sus detalles sus hojas y volutas, y cuando algunos se llevaron á la mayor conclusión, imitaron de tal modo á sus modelos corintios y compuestos, que sólo leve acento los diferencia de los antiguos. Las molduras, adornadas de acantos; las ménsulas y canecillos, de perfecto perfil clásico; las basas áticas; las conchas y rosáceos, en la ornamentación; hasta ciertos recuerdos de los bucráneos se observan por doquier, y esto es muy lógico, pues sólo á tales modelos podían acudir, no habiendo el arte árabe sufrido aún las influencias persas ni egipcias, que habían de determinar sus posteriores aspectos.

La fachada del *mihrab*, propiamente dicha (séptima proyección, *arco y fachada del mihrab*), ofrece más palpables estos caracteres. Las tablas laterales de mármol blanco que forman sus zócalos, son maravillosa muestra de la más lozana ornamentación arábica de su tiempo; las marmóreas molduras y doradas enjutas, corresponden á igual gusto, y aquel arco que extiende su ancho dovelaje en forma de abanico, encajado en el recuadro de su *arrabá* con inscripciones cúficas y coronado por la serie de arquitos trilobados, es de tan bella traza y tan lujoso aspecto que nada superior puede soñarse: y para que nada de lo más rico que el hombre había inventado faltase en su exorno, hizo venir Al-Haken hábiles mosaístas de Bizancio, que lucieron su habilidad en aquellos muros, tapizándolos con una verdadera estofa de piedras preciosas sobre fondos de oro cristalino (1).

La maravillosa cúpula que cobija tan rica estancia fué recubierta también de

(1) Según se desprende de las inscripciones de las impostas del arco del *Mirhab* y de un texto del Bayan-1-Mogreb, debieron utilizarse para el exorno de esta fachada algunos materiales pertenecientes al antiguo *mihrab*, especialmente en la parte baja.

tan rico mosaico de caprichosas labores y tonos admirablemente armónicos (nove proyección: *Corte de la cúpula*), siendo su estado de conservación tan perfecto que causa sorpresa gratísima encontrarlo en tan bello estado.

Este mosaico bizantino, llamado por los árabes *fose-fesa* (1), sólo existe en España en la aljama de Córdoba, siendo de notar que en ésta nunca pudo haber azulejos, ni mosaicos de barros esmaltados, por la sencilla razón, que aún no se habían introducido tal género de ornamentación entre nosotros por aquella fecha.

Este mosaico es lo único verdaderamente bizantino que existe en la mezquita de Córdoba, pues el dictado de árabe bizantino que se viene aplicando al primer período de esta arquitectura entre nosotros, lo encuentro completamente inapropiado. Por los restos que de ella quedan, en Córdoba y acaso en Toledo, en bien poco se somete á los cánones de tal arte ó estilo. Ni un capitel, ni un arco, ni un miembro arquitectónico, ni una planta ni alzado verdaderamente bizantinos encuentro en ninguno de ellos: las cúpulas mencionadas también difieren esencialmente del trazado de las bizantinas, siempre tendiendo éstas á la semiesfera sobre pechinas ó trompas angulares; es más: la ornamentación cordobesa del gran período tampoco acusa acatamiento á los temas predilectos en Santa Sofía y monumentos similares coetáneos, patentizando una gran originalidad, si acaso apoyada en los modelos clásicos grecolatinos. Yo no conozco ningún edificio bizantino en que las dovelas alternen lisas y labradas como veo por tema preferente en Córdoba y con una exornación tan profunda y de valiente claro-oscuro; yo no encuentro nada similar al ornato desarrollado en las enjutas de tan originales líneas. Y es que ha habido un tiem-

(1) De la raíz griega ψοφεξ, piedrecita, mosaico, piedra preciosa.

po en que á todo se llamaba bizantino, incluso á lo románico.

La ornamentación de la aljama cordobesa es digna del más metódico y circunstanciado estudio. Descubrir sus orígenes, seguir su evolución y notar sus rasgos originales, es trabajo que aún no está hecho. Los agramilados ó mosaicos de piedra y ladrillo; las variadas celosías en que aparece incipiente el juego de figuras geométricas que, entrecruzándose, darán lugar á las más caprichosas lacerías; la flora de sus tablas y dovelas de piedra, en que lucen como tapizando aquellos espacios las vegetaciones más caprichosas; el perfil y exorno de su cornisa, tan variadas como ingeniosas; el tallado de sus basas y capiteles, todo esto debe ser objeto de muy especial examen, si hemos de llegar al total conocimiento de este estilo, no similar, pero sí rival del que en Oriente en todo se imponía, más clásico siempre, menos oriental y más greco romano.

Llegados al arco puerta del *mihrab* propiamente dicho, podemos penetrar en el recinto misterioso, adonde todos los creyentes dirigían sus miradas, al meditar sobre las sentencias del sagrado libro.

Es este lugar pequeño, octógono, cerrado por completo, sin más hueco que el de su puerta: forma su techo una gran concha, que se apoya en arquitos ciegos lobulados, y nunca sirvió realmente para nada aquel cubículo, que más que otra cosa era un símbolo de la *caaba* santa, centro del islamismo en el mundo: sobre todo en tiempo de los Califas, que más adelante sospecho debió dársele alguna aplicación más concreta. Al lado ó bajo de este arco de entrada al *mihrab* se colocaba el *mimbar* ó cátedra portátil de madera, en cuyo atril se ponía el *mushaf* ejemplar santo del Corán, que existía en Córdoba; ejemplar venerable que habla pertenecido al Califa Ostmán III, con cuya sangre de mártir lo habla sellado. Este maravilloso *mimbar* era el mueble

más rico que se guardaba en la mezquita. En tiempos de Ambrosio de Morales se conservaba aún, quien lo describe con de silla del Rey Almanzor, y era, según él, “un carro con cuatro ruedas, de madera, riquísimamente labrado, y subíase a él por siete gradas. Pocos años ha lo deshicieron- añade,- no se con qué fin, y así pereció aquella antigüalla”

Siete años tardaron los artífices de Al-Haken en construirlo, de las más ricas y aromáticas maderas, incrustadas de marfil, oro, plata, y piedras preciosas, y no hay palabras bastantes para lamentar la destrucción de tal mueble, que hoy causaría el asombro de todos nosotros.

Cantidad inmensa de lámparas y porta cirios existía también en la aljama, espléndida muestra de la devoción de aquellos creyentes, y que enumerarla nos ocuparía largo rato, aunque sin conseguir formarnos exacta idea de ella, por haber todo desaparecido (1).

(1) En el arte de la orfebrería considerábase por los constructores árabes acabado modelo el gran atañor ó inmensa lámpara que pendía del centro de la cúpula del vestíbulo del *mirhab*, y cuya cadena de oro, al decir de los árabes, aún hoy subsiste. Medía este atañor 50 palmos de diámetro, medida á mi ver, equivocada, conteniendo 1054 vasos ó lamparillas de vidrio de todos colores.

Además de esa gran corona, ó serie de coronas de luces, pendían del techo muchas lámparas de uno ó varios vasos, tres de las mayores en la nave central, llegando á sumar entre todas más de 10.000 luces, las que ardían en la mezquita en las grandes solemnidades, especialmente durante la luna de Ramadhán.

Abundaban también extraordinariamente los candeleros y candelabros de plata y bronce para los cirios, uno de ellos de colosales dimensiones, para colocar el cirio pascual, que pesaba algunos quintales, consumiendo durante la luna de Ramadhán más de dieciocho arrobas de cera.

En tiempos de Almanzor llegaron á gastarse 1030 arrobas de aceite al año, ascendiendo á 650 las consumidas tan sólo durante la gran luna. Tampoco faltaban pebeteros é incensarios para quemar perfumes en ellos durante las oraciones, y un arrelde ó libra de ámbar gris y áloe durante las grandes fiestas.

Entre las lámparas se veían, sirviendo de ta-

Antes de abandonar este recinto, en el que el arte árabe religioso dijo su última palabra, haciéndola digno del propio Allah, entremos por la puerta del de la derecha, por la que muchas veces el Califa desaparecía de la vista de los asistentes al templo; por esta puerta pasamos á un prolongado pasadizo, que ocupaba el frente de las naves de este lado y por el que, mediante un gran arco que salvaba el ancho de la calle, podía llegar el soberano á su palacio sin salir al descubierto.

Este notable pasadizo, llamado por los árabes el *serdhá*, estaba tan fuertemente construído y ofrecía tales seguridades, que el Califa podía pasar por él sin sombra de peligro alguno. Aún hoy subsiste en gran parte, y por su construcción se ve cuán exactas eran las descripciones de los autores árabes y cómo era posible aquel juego de abrir puertas ante él y cerrarlas una vez pasado, como si se tratara de la más formidable fortaleza y del peligro más eminente para la sagrada persona del Emir Al-Mumenín (Príncipe de los creyentes) (1).

les, las campanas de Santiago de Compostela, que Almanzor hizo traer á hombros de cristianos desde Galicia. También, como trofeo, estaban suspendidas del techo las puertas de aquella iglesia, las que Ambrosio de Morales vió en el mismo sitio aún en que los árabes las habían colocado.

(1) Ambrosio de Morales describe así este pasadizo: "Junto á la capilla de San Pedro (vestíbulo del *mihrab*) entra en la iglesia la puerta por donde el Rey, desde el Alcázar, venía á ella. Pasaba por un bravo edificio, comprendido dentro del cuadro de toda la fábrica y arrimado á la pared del mediodía. Más parece fortaleza y cárcel que no tránsito según es fuerte todo el edificio y de extraña manera cerrado. Tiene en ancho más de veinte pies, y está todo atravesado de unos arcos muy fuertes y espesos con bóveda encima. Cada arco vacío está entre otros dos por la pared hasta abajo, con una entrada en medio cerrada con puertas forradas con bronce y hierro. Así quedan formadas ocho piezas, cada una con un arco y ventana grande hacia el río, que son las ventanas que ya dijimos en la descripción de esta primera pared. Siendo este soberbio edificio tendido á lo largo de oriente á

Otra rectificación debo hacer antes de salir del *dhamir*, ó espacio cubierto de la aljama, respecto á la determinación del sitio á donde correspondía la cámara llamada *dar-as-sadaka*, ó lugar de la limosna, la que, siguiendo muy autoridos pareceres, he colocado, en alguna otra ocasión, en la parte más meridional de la última nave de la derecha, entre dos de las puertas de aquel lado. Esta cámara, ó mejor dicho edificio, no pudo estar dentro de la mezquita: todo lo más que deduzco del examen de los textos árabes, es que debió hallarse contigua á ella por aquel lado, quizá en el solar de la actual casa de maternidad, llamada hoy San Jacinto, viniendo así aquel suelo á estar desde tan antiguos tiempos consagrado á distintas manifestaciones de los más humanitarios sentimientos.

Pero tiempo es de que examinemos el monumento por fuera, no menos exornado ni artístico que por de dentro.

X
XX

Tan suntuosa construcción no podía tener un exterior indigno de ella, y en efecto, lo que de él resta no cede en riqueza ni carácter á lo que se ve en su interior. Veintiun eran sus puertas, según los textos árabes mejor traducidos, y tal numero resultan al contar las que al presente subsisten de indudable construcción árabe. La principal estaba al lado del alminar, como hemos dicho, y aunque hoy muy des-

ponente, de las ocho puertas que hay en las ocho piezas, las cuatro primeras de hacia el Alcázar se cierran hacia él, que está al poniente; y el portero, á lo que parece, venía delante de todo el acompañamiento del Rey, abriéndolas y echándolas hacia el oriente. Las otras cuatro se cierran diversamente, dos hacia oriente y dos hacia poniente. Así era preciso estuviesen otros dos porteros allí encerrados para abrir.” La descripción conviene en todo con la hoy existente, si bien hace pocos años ha sufrido esta construcción inverosímil deterioro, en una de sus estancias, para abrirle caja inoportuna escalera que para nada ha de servir

figurada, se comprende que siempre debió formar un verdadero pórtico antes de pasar al patio; de las demás laterales, pues en el lienzo N no debió existir otra que la principal, las dos primeras de cada lado correspondían al atrio, las ocho restantes al espacio cubierto.

Estas ocho por cada lado eran las más exornadas; hallábanse practicadas en el centro de lienzos que dejaban entre sí, los contrafuertes del muro, por lo que cada lienzo venía á formar una gran fachada, con la puerta en el centro y ajimeces y ventanas con celosías á los lados.

De estas puertas la más interesante es la primera occidental correspondiente al *dhami*: aunque mal conservada nos da el tipo de las primitivas, pues es la más antigua que resta, ofreciendo en su traza y ornamentación muy distintos caracteres que las otras, y observándose en ella una robustez, á la par que cierta rudeza en el exorno, que forma contraste con el resto del de la Mezquita, debiendo considerarla como su más antigua muestra. Al lado de la puerta central de tal fachada, se distinguen unos huecos exornados en esta forma:

Apoyan sobre el arrabá de la puerta tres arquiteos ciegos, también gruesamente exornados, coronando el conjunto robusta imposta sostenida por canes. Las restantes puertas de este lado eran á cual más suntuosa y adornada; algunas han desaparecido por completo, otras han surtido caprichosas transformaciones; otras se hallan en restauración, especialmente

las que dan: frente al alcázar. Estas nos ofrecen el más puro carácter del tiempo de Al-Haken II.

El arco que salvaba el ancho de la calle, desde el *serdha* al alcázar, ha desaparecido por completo.

El lienzo del Sur no tenía ninguna puerta; en su altísimo muro, reforzado por contrafuertes correspondientes á las arcadas interiores, sólo se ven á gran altura algunas marmóreas celosías que daban luz al fondo de las naves, y otras, más bajas, correspondientes al *serdha* ó pasadizo.

El muro oriental es el que presenta más armónico conjunto y en él se suceden las fachadas sin interrupción, aunque con más ó menos deterioro. (Décima proyección: *Vista del exterior de la mezquita por su lado oriental*) Esta serie de bellísimas portadas ofrece un carácter tan oriental que encanta: en sus trazas conservan las más hermosas líneas y proporciones, y en su exorno, si bien no tan jugoso y valiente, aún se muestra el arte á gran altura, quizá algo simplificado, pero no acusando decadencia.

Era muy pronto para que esta se acentuara, pues no había pasado tanto tiempo desde Al-Haken II á los días de Almanzor, á cuyo ensanche corresponden todas ellas. Suman, pues, las puertas del recinto de la Mezquita, el número de 21, conforme con la cifra de los autores árabes, siendo por tanto muy moderna otra en el lado Norte, á más de la principal al patio de los naranjos, que hoy existe

x
xx

Concluída la visita del monumento en sus partes principales, no creo completamente fuera de lugar decir algo de lo que allí acontecía, especialmente en los días festivos ó de *juma*, en que, por ser obligatoria la asistencia, acudían los fieles á la aljama en mayor número.

Llegada la hora de la *azala* (oración) el muezano ó muezanos subían al alminar

y á grandes voces convocaban al pueblo á la oración.

Los fieles se dedicaban entonces en sus casas á la *tajara* ó baño de todo el cuerpo, y concluído éste, encaminábanse á la Mezquita, entrando los hombres por las tres puertas más al Norte del patio, y las mujeres por las segundas laterales.

Desde entonces comenzaba la separación de los dos sexos, y dirigiéndose cada cual á sus fuentes correspondientes, verificaban el *alguado* ó ablución de las manos y cara: concluído este, iban penetrando en el templo por los grandes arcos del patio, los hombres por los centrales y las mujeres por los extremos laterales.

Al pisar el *dhami* decían :-*Allah jabba* (Alabado sea Dios)

Anunciado por el muezano el comienzo de la oración, exclamaban todos: *Bismi Allah, al rahman, el rahin!* (¡Bendito sea Dios, el Clemente, el Misericordioso!)

Entonces, el *íman* oficiante, subido en el *mimbar*, leía despacio la *sura* primera del Corán, que los asistentes iban repitiendo en alta voz, la cual decía: -¡Gloría á Dios Señor de los mundos! La misericordia es su atributo. El es el Rey el día del juicio. Adorémoste, Señor é implórenos tu auxilio. Dirígenos por el camino que aquellos á quienes has colmado de beneficios, de aquellos que no provocan tu cólera y se preservaron del error-. Al final todos decían :-Amén.

Concluída esta oración, sin duda la más sublime de cuantas contiene el Corán, se entregaban á las más exageradas zalemas y genuflexiones, consistentes principalmente en el *recuz* o incurbación con las manos á la altura de la cabeza, y el *cuchud* ó postración de todo el cuerpo en tierra.

Sucedía á estas zalemas el sermón, y después otras oraciones y Salmos, entre ellos la indispensable oración pública por el Califa, en señal de sumisión al mismo, y después de entregarse más ó menos á las meditaciones volvían á sus casas, á

proporcionarse (como dice Mahoma) todos los bienes que Dios ha hecho para el hombre.

La Aljama permanecía abierta de sol á sol, para que los fieles pudieran entrar en ella á hacer sus *annefilas* ú oraciones voluntarias, fuera de las cinco obligatorias.

Pero cuando la concurrencia aumentaba extraordinariamente era durante la luna de Ramadán, Entonces se encendían todos los cirios y lámparas, que en la última semana no cesaban de arder de día ni de noche. Entonces también hacia de imán el propio Califa.

Este ocupaba de ordinario su sitio preeminente, bajo la cúpula central, de las tres primitivas. En la lateral derecha se ponía el Cadí de los Cadíes, ó juez Supremo de la nación, y la izquierda es muy problemático quién la ocupara; quizá los *faquíes* ó doctores de la ley. Todo esto dentro de la *maksura*, ocupada el resto por la dependencia de palacio, quedando para el pueblo las demás naves del templo; los hombres en las de en medio y las mujeres en las extremas, llamadas por ello *macasir*.

A 300 llegaron en tiempos de Almanzor los empleados en la aljama, yendo en primer lugar los *imanes* ó sacerdotes oficiantes, que, sentados en el *mimbar*, dirigían las oraciones. El Califa, como Jefe superior de la Iglesia y el Estado, hacía de imán en las grandes solemnidades. No por esto constituían los imanes un colegio sacerdotal; esta dignidad otorgada por el Califa, era temporal. Más corporación formaban los *faquíes* o doctores de la ley, y los Cadíes ó jueces, que aplicaban la justicia según el código único entre los árabes: el Corán.

Mocriés se llamaba á los lectores de éste, y *Alhatibes* á los que lo explicaban al pueblo, á manera de sermón.

Omanes se decía á los celadores encargados de conservar el orden y la separación de los sexos, dentro de la Mezquita.

Muezanos á los del pregón en la as-

sumna, así como del *alicamah* en el interior del templo, para que comenzara la oración.

Mocadenes eran los sacristanes, y *muwaliges* los cantores, de dudosa existencia en la aljama de Córdoba. Añádase á esto las cuadrillas de peones dedicados á la limpieza y transporte de los objetos, y se comprenderá lo completo del personal para el servicio de la mezquita cordobesa.

Tal era ésta en los tiempos de su mayor esplendor. Pero como ocurre con todas las cosas humanas, bien pronto sucedieron en ella cambios y modificaciones que fueron trasformándola y desfigurándola hasta el estado en que hoy la vemos. Que los almohades hicieran ya en ellas algunas obras no me queda la menor duda. Su estilo arquitectónico así lo delata, y una razón histórica existe para ello.

Venido á tierra el Califato y fraccionado en tantos Reyes y reyezuelos, como fueron los llamados de Taifas, hubieron de dar alguna unidad al islamismo en la península los almorábides; pero estableciendo su corte en Africa, quedaron las regiones de España como provincias de su imperio, cuya caída fué muy rápida. Una general sublevación de todas las provincias españolas fué quitándoles su autoridad entre nosotros. El elemento hispano, más hispano que árabe, aunque hablara esta lengua, quería sacudir su yugo. Sultanes que se llamaban Martínez y López, obraban acordes con los Reyes de Castilla y Aragón, y á poco hubiera concluído entonces la dominación musulime en España á no venir los almohades, que restablecieron la fe y dieron un día más de vida al mahometismo entre nosotros (1). En este tiempo Alfonso VII ató las bridas de sus caballos á las columnas de la Mezquita cordobesa, y entonces surgieron las sectas religiosas y filosóficas, en que el germen hispano escribía en árabe sus pensamientos, para los musulimes completamente heterodoxos.

(1) Véase Codera, *Decadencia y desaparición de los almorávide en España*.

Los almohades, enardecidos en la fe de Mahoma por el Madih, concluyeron con este estado de cosas: perseguidos los cristianos y heterodoxos implantaron una verdadera reacción; pero las creencias e éstos no eran tampoco tan puras ni conformes con el espíritu del profeta como las de los Abderramanes. Los mahometanos cordobeses, por una ley natural, habían evolucionado en su religión, exagerando todo lo que tendiera en ella algo al fetiquismo. Ya no eran las creencias; eran también los objetos los que había que venerar.

A la invasión almorávide había sucedido la almohade, que trataba de restablecer el dogma en toda su pureza. Cuando entraron en Córdoba, la encontraron convertida en una verdadera Academia, llena de bibliotecas y de sabios, que trastocaban el sentido del Corán hasta ponerse en contra de él. *El Corán es nuestro imán*, dijeron hasta en las monedas, y muchos de aquellos libros fueron quemados, y aquellos filósofos perseguidos ¿Qué habían de hacer al encontrarse en Córdoba con un Corán tan venerable como el Musáf?, Adorarlo como reliquia santa, y nunca cual entonces recibió mayores honores el sagrado libro. Construyóse para custodiarlo una cámara especial, que se llamó *Cámara del Tesoro* y cuando se le trasladaba de ésta al mihrab iba precedido de imanes con cirios.

Esta cámara, según los datos que proporcionan los autores árabes, no pudo ser otra que la lateral izquierda de las centrales, que hemos visto elevada sobre el total nivel de la Mezquita, y en la que indudablemente encuentro restos de construcción almohade.

No son éstos ni sus yeserías, ni sus alcatados de azulejos, del tiempo de Enrique II; no están tan á la vista, pero examinando atentamente su construcción, llegan al cabo á encontrarse.

Las columnas parejas en que apoya su arco que mira al alquiblá, indudablemente

fueron allí colocadas después, á más alto nivel que las restantes, siendo coronadas por interesantísimos capiteles parejos, ambos de una sola pieza, de los llamados de panal, que según el Sr. Casanova representan el bello ideal del arte almohade en este estilo (1).

En los lienzos laterales trazaron arcos de colgantes, privativos del arte mauritano, y á ellos sin duda se debió la inusitada altura de aquella cúpula reconstruida, que antes no tenía razón ninguna de elevarse á tan superior nivel de sus contiguas. Esta cúpula siguió en su traza general la consignada con el núm. 1, pero en el perfil de sus arcos, el artista almohades pudo prescindir de dibujar sus festones, á que era tan aficionado. Los elementos estalactíticos también hacen su aparición allí, en la aljama cordobesa, y tan esmerada obra debió constituir en conjunto la llamada *Cámara del Tesoro* de los textos árabes.

Más adelante, el Rey fratricida la escogió para capilla sepulcral de su padre y abuelo, y entonces decoró sus muros al estilo más puro granadino, como hoy se ven (undécima proyección: *Capilla de San Fernando*), adornando sus zócalos con menudo alicatados de azulejos, los primeros sin duda empleados en la Mezquita, muy semejantes á, los que adornan el Alcázar sevillano (2).

El objeto más precioso que se guarda

(1) Véase su discurso de recepción en la Academia de San Fernando, pág. 18 y sig.

(2) La inscripción existente, bajo el borrado retrato de D. Enrique, dice así: "Este es el muy alto Rrey D. Enrique. Por otra del cuerpo del Rey su padre, esta capilla mando facer: acabose en la era de MCCCCCIX años.,, Es posible también que entonces adquiriera el nivel actual, buscando el del altar mayor colocado en el textero de la contigua capilla, pues las basas de las columnas de la que creemos obra almohade, no se elevan á tanta altura, haciéndose entonces la cripta de la capilla, á la que se penetra por los tres arcos bajos que á cada lado tiene, de muy dudosa construcción árabe, aunque para ellos se aprovecharon cuatro bellas columnitas con sus capiteles. Esta cripta ofrece en su construcción caracteres completamente

ba en este Tesoro era el santo *musaf* o ejemplar del Corán, que, como decía un momento ha, era trasladado al *mimbar* con toda pompa y que, colocado en el propio *mihrab*, debió ser objeto de verdadero culto, pasando á su alrededor los imanes de rodillas ó descalzos, siendo ésta la causa del surco que en el suelo se nota, sin explicación verosímil en los tiempos del Califato (1). Estas y algunas otras reconstrucciones en la puerta principal de entrada, son las obras que, á mi entender, llevaron á efecto los últimos conquistadores africanos en la gran Aljama cordobesa.

X
XX

Conquistada la ciudad por el Rey San

opuestos á las prácticas árabes y más propios y usuales en el siglo XIV.

Respecto á la mención de esta capilla en los textos árabes hay también que hacer varias observaciones. La lectura, siempre difícil de las voces técnicas, ha dado lugar á frecuentes confusiones en la interpretación de los mismos. Tal ha ocurrido con un texto de Aben-Adherí en el que ya traduce Gayangos una palabra por *plataforma*, *lugar elevado*, mientras Dozy, Boethor y Caussin de Perceval, le dan la significación de *cúpula*. (Véase á Amador de los Ríos, *Inscripciones árabes de Córdoba*, pág. 49) se ha querido explicar así el que esta capilla estuviera elevada en el interior de la mezquita; pero sin duda el autor árabe se refería á la erección de la as-sumua, de Abde-v-Rahman III, fuera y no en el interior del *dhami*, desde la que los muedzanos hacían el al-idzan. Amador de los Ríos (id., pág. 56) traduce el texto en esta forma: *Y An-Nassir fué quien añadió á la Mezquita Aljama de Córdoba su ampliación celebrada: en ella está el minarete grande, en el cual los muedzanos se colocaban en fila con su Iman el día de Chuma, para pregonar el al-idzan etc.*

(1) Ciertamente ningún dato abona estas suposiciones; pero las señales de reconstrucción almohade en esta capilla no pueden ocultarse al que atentamente la examine; y respecto al surco que el repetido roce ha dejado dentro del *mihrab*, ninguna explicación tiene en las ceremonias normales del islamismo; pero no debe dudarse que alguna especial se verificaba allí, en adoración de determinada reliquia, pues ha pasado hasta al concepto vulgar el que allí se veneraba el zancarrón de Mahoma.

Fernando, su primer cuidado fué consagrar la mezquita, convirtiéndola en Catedral cristiana, celebrando la primera Misa el Obispo de Osma, D. Juan. Pero si al principio se respetó el edificio, comprendiendo su singular mérito, bien pronto las necesidades del culto cristiano, y más aún el capricho, injustificado en muchos casos, hizo comenzara una serie de profanaciones artísticas, que se sucedieron sin interrupción hasta muy cercanos tiempos. Aún pudieran pasar, á contenerse este furor de modificaciones en haber convertido en capilla mayor el Obispo D. Fernando de Mesa, en el siglo XIII, el espacio de en medio de la nave central, ó sea la llamada capilla de Villaviciosa, poniendo el altar mayor en su lado oriental y pintando en los muros interesantes frescos, de mano de Alonso Martínez, que aún he llegado á ver, aunque en malísimo estado, cuando se emprendido la reconstitución de este recinto; pero esto nada era al lado de lo que había de ocurrir.

Hasta 1371 no decoró de nuevo D. Enrique de Trastámara la cámara del Tesoro, convirtiéndola en capilla de San Fernando, en memoria de su abuelo y padre, que allí fueron enterrados, y seis años después exornó la puerta principal bajo la torre, según reza la inscripción, viéndose en las enjutas los escudos de su hijo D. Juan I, como marido de doña Beatriz, Infanta de Portugal (1).

En 1489 se formó la primitiva y espaciosa nave del crucero cristiano, desde

(1) Difícil es determinar la razón de estos escudos en tal portada, cuestión que dejamos á los eruditos, aunque sospecho que debieron ser puestos por D. Juan I, pues, como dice Garibay, "puso en su escudo las armas Reales de Portugal, así por el derecho de la Reina D.^a Beatriz, su mujer, heredera propietaria de Portugal, como porque muchos caballeros de aquellos Reinos le llamaron que fuese á tomar la posesión de los Reinos," (pág. 985): sabido es que gran parte de la historia de este Rey se reduce á sus pretensiones á la Corona de Portugal, cuyo epílogo fué la célebre batalla de Aljubarrota.

la capilla de Villaviciosa hasta el muro tal, del ancho de tres arcos árabes construyendo el recinto con cúpula de este lado, simétrico con la cámara del Tesoro; obra debida á la iniciativa del obispo D. Iñigo Manrique.

Todo esto hubiera sido aún tolerable; pero el deseo, por parte del Cabildo, de emular á la grandes Catedrales góticas y poseer un crucero semejante al de ellas, vino á transformar de tal modo el monumento, que no se concibe cómo hubo que para llevar á efecto tan deseado plan, no sin protestas de los buenos cordobeses (1).

¡Bien sintió Carlos V haber otorgado el permiso para la obra, cuando al ver lo que se estaba haciendo mostró su descontento en histórica frase :! «Si yo supiera lo hacíades no lo hicierades-dijo-, que lo que estáis haciendo lo hay en cualquier parte, y lo que teníades no lo hay en ninguna.,»

Y, sin embargo; el primer arquitecto fué todo lo respetuoso que pudo con la obra antigua, limitando su demolición á lo puramente preciso y no ocupando más terreno que el indispensable; ejemplo no seguido por los que acabaron el crucero y coro, detrás del cual aglomeraron tal cantidad de contrafuertes, fachadas y pilares, precisamente en la nave central y lugares adjuntos á las tres estancias árabes, que quitaron allí toda bella perspectiva, implantando brutalmente, en medio de aquellas naves, los más inútiles é inoportunos pilarotes, algunos de dimensiones tales, que verdaderas torres parecen.

Tres arquitectos, llamados todos Juan Ruiz, padre, hijo y nieto, pusieron allí sus manos pecadoras, compitiendo en ver quién hacía mayores destrozos.

(1) Véase para ésta y las restantes modificaciones, la *Guía artística de Córdoba*, de nuestro consocio el Sr. D. Rafael Ramírez de Arellano, páginas 12-15, en que las enumera todas, incluso algunas modernísimas, no del todo plausibles á pesar del dictamen de las Academias competentes.

La obra nueva, aunque correcta y rica en algunos de sus detalles, no ofrece, sin embargo, valor alguno estético, ni es notable por nada. El renombrado coro, última obra de Pedro Roldán, á pesar de su aparente riqueza, no es más que una decadente muestra de la escultura Sevillana en su último período; sólo el atril ojival de bronce, con águila de extendidas alas, es una pieza de primer orden; y como ejemplo del gusto francés del siglo XVIII pueden admirarse los dos bellos púlpitos, de estilo Luis XV, preciosamente dibujados y compuestos, como podéis ver en uno de ellos, el del lado del Evangelio, á cuyos pies aparecen los animales simbólicos de San Juan y San Lucas. (Duodécima proyección: *Vista del púlpito del Evangelio.*)

En el sinnúmero de capillas y altares, que ocupan todo su perímetro y algunos pilares centrales, encuéntrense modelos arquitectónicos, esculturas y cuadros dignos de estudio, pero no de valor extraordinario. Sólo algunas esculturas y pinturas de Pablo de Céspedes ó lienzos y frescos de Antonio del Castillo merecen especial mención; más riqueza y arte encierra su Tesoro, en el que la orfebrería cordobesa dejó modelos de insuperable hermosura, como es difícil encontrarlos en parte alguna; á todos vosotros admiró la hermosísima Custodia y todos quedasteis prendados del maravilloso repujado y cincelado del brasero de plata (ó pie de brasero) que, con razón, tan poderosamente llamó vuestra atención.

Otras muchas piezas de primer orden, productos de los tan afamados orfebres cordobeses, se guardan allí, no careciendo de modelos de imaginaria tan notables como sus frontales, admirados en la Exposición Histórico Europea del año 1892, que todos recordáis.

Pero si estas bellas impresiones experimenta el que atentamente y poseído del espíritu artístico visita el monumento, es muy cierto que, al cabo, amargo pesar se

apodera del ánimo al contemplar tanta injustificada mutilación, á costa siempre de alguna de sus bellezas. Algo en parte se han remediado, pues aún peor impresión causaba cuando el más vulgar enjalbegado de blanca cal la cubría, é inoportunos retablos del peor gusto obstruían aquellas naves por todas partes. Pero aún no se ha comenzado una metódica y enérgica restauración que devuelva al monumento al menos su más característico aspecto.

Ya que no podamos remediar la falta llorada por Carlos V, bueno sería al menos que se impulsara con más brio la restauración, limitada hoy á un solado de mármol, más costoso que necesario.

Y ya que de restauración hablamos, (por más que esté hoy á cargo de persona peritísima), permítaseme dejarme llevar de la fantasía, recordando ideas sugeridas en mis repetidos paseos por aquel bosque de columnas.

Nada puede suprimirse tras el altar mayor, pues por este lado limitóse el primero de los Hernán Ruiz á lo más preciso, pero en el trascoro prescindíose de todo miramiento y allí se cometieron los mayores desaciertos. No había necesidad de haber prolongado tanto la alta techumbre del coro, lo que dió lugar á numerosos machones y puntos de apoyo, algunos completamente inútiles y otros necesarios para apoyar tan desmesurada altura.

Todo ello debiera venir al suelo, guardando en otro lado sus fragmentos ornamentales de más mérito que los enriquecen y terminando el coro en forma absidal ó semicircular gozaríamos de la gran diosa perspectiva de toda la nave central de la Aljama, interrumpida sólo, en su segundo tercio, por el gran arco y fachada del departamento del Califa, viéndose, en último término, el incomparable vestíbulo del *mihrad*, con éste al fondo, tal como lo veían los creyentes del tiempo de Hissén

11 al penetrar en el templo en sus días de mayor esplendor.

Ya que el actual arquitecto director de la restauración, consocio nuestro, va logrando devolvernos en todo su carácter el trozo más interior de la nave central, satisfaga por completo nuestro afán de ver la mezquita en su más íntegro aspecto: despoje en absoluto de tantos inútiles miembros arquitectónicos la parte del trascoro, que tanto obstruyen las naves principales; reduzca en algo el tamaño del descomunal coro, aunque para ello haya que sacrificar algún asiento de su poco interesante sillería; rehaga las gallardas series de arcos destrozados y así volverá á ser patente el efecto verdaderamente soñado del plan de los Abde-r-Ramanes, ya que tengamos que respetar el crucero, pero reducido á sus más precisos límites. Otras modificaciones de detalle pudiera apuntar (1), pero lo más principal y urgente queda con esto consignado.

xx

Por lo expuesto habréis podido comprender cuanto debe ser considerado tan peregrino monumento, que tan grande interés encierra para el arte patrio, página especial de la arquitectura árabe en su conjunto; respecto á ésta, ocupa un lugar preferente, no sólo por su riqueza y anterioridad á todo otro estilo entre nosotros, cuanto por su carácter singular, que la diferencia de toda otra. Podemos considerar al arte de la Aljama cordobesa, como capítulo especialísimo del musulmático, sin relación marcada con ningún otro, español neto, y debiendo á esto su mayor mérito. Si otros monumentos árabes los vemos derivar de modelos asiáticos ó egipcios, aunque sin faltarles originalidad, en Córdoba sólo hallamos algunas

(1) Entre otras, la urgente necesidad de que desaparezcan los medios puntos de cristales de colores que cierran hoy los arcos del patio de los naranjos, propios por su abigarramiento de una tienda de feria. Mejor estarían de vidrios incoloros, viéndose al través los naranjos y palmeras del patio

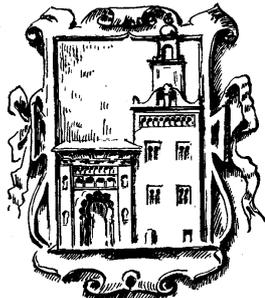
reminiscencias sirias, al igual que ocurría con la arquitectura visigótica, de la que es una evolución sin duda. Enlázase con ésta tan íntimamente, como he tenido ocasión de demostraros, y si aquélla en nuestra Patria ofrece caracteres de originalidad, á los tradicionales en nuestro suelo, no cesan éstos de patentizarse pueden en su derivada arquitectura, y estilo artístico del Califato.

Son estos elementos los más genuinos clásicos que tan bien arraigaron entre nosotros; son éstos los que informan un excelentes condiciones, los que dan la textura á nuestra lengua, perfectamente aria, á nuestras instituciones, de carácter social tan europeo, como productos de los átomos más excelentes de nuestra sangre heleno-latina, gracias á los cuales hemos sido y seremos siempre nación unida á Europa. Podrán existir nosotros restos y cualidades de as razas; pero nuestra cultura, ciencia y nuestro arte, siempre perfectamente clásicos, abriantados además por los esplendores orientales.

Hay que concluir con la leyenda del Oriente como foco de luz para la Europa; ésta no debe en su Historia, que es la de civilización, nada esencial al Asia. La frase *ex Oriente lux* sólo pudo ser admitido por los amantes de los retorismos más que de la verdad estricta, en tiempos que aún se presentaba como gran misterio lo ocurrido en las regiones por de el sol aparece. Europa no debe al

Oriente asiático más que gérmenes de toda ponzoña física y moral, y los pueblos de nuestra raza que allá han ido han muerto todos inficionados. Sólo el colorismo y la exornación lo vemos lucir ir allí con gran esplendor, pero á costa de toda clásica formal. Del semitismo, su más alta expresión es el mahometismo, y éste podrá tanatizar, pero nunca civilizar á ninguna gente. Nada ha añadido jamás el mahometismo al caudal de la cultura humana (1). Podemos, pues, enorgulcernos de nuestra preeminencia, y gracias á todo ello fué posible que en nuestro suelo brotara monumento tan singular como la Aljama cordobesa, pues sólo aquí pudo verificarse el feliz consorcio de lo que, trayendo un origen asiático, ha sido acomodado y sometido á nuestro servicio; esta es nuestra especialidad, este nuestro carácter sintético. He dicho.

(1) Cuando hablo de pueblos orientales y semitas hago siempre excepción del judío: pueblo excepcionalísimo, colocado entre Europa y Asia, centro del mundo, nos patentiza en todo su misión providencial, para que allí naciera el Verbo. Su especialidad se escapa á toda clasificación histórica en el cuadro de lo puramente humano. También al hablar de pueblos orientales no limito la divisoria entre Europa y Asia á la línea trazada en los mapas. Bien pudo estar la cuna de nuestra raza en la parte más occidental de lo que hoy llamamos Asia, pero obsérvese que siempre la tendremos que poner en las regiones más vecinas á nuestra Europa. La gran extensión del Asia oriental y meridional nunca ha contado ni con una gota de sangre aria, y en la India, Persia y Tartaria ha sufrido ésta, en todo tiempo, toda clase de adulteraciones.



scudo representando el antiguo alminar. — Puerta de Santa Catalina. Catedral de Córdoba.